

Un año

No sé muy bien por qué regresé. Esa sensación de incomodidad no me abandona. No pegué un ojo en toda la noche. A pesar de la serenidad del avión, del ambiente climatizado, de ese zumbido lento que sirve de sedante para los nervios, o para encresparlos, dependiendo del caso. No paré de pensar ni un instante.

No es que la comida me hubiera caído mal, al contrario, en esa compañía chilena sirven muy bien, la comida es sabrosa y abundante; además, acompañada por el excelente vino que producen allí, que debería haberme relajado, pero no lo hizo. No podría decir que fueran nervios exactamente, ni siquiera se me cruzaría la palabra miedo por la cabeza, después de tantos vuelos ya eso no me pesa. Si hasta la azafata viéndome insomne me ofreció un trago de whisky para asentarme y descansar un rato. Pero gentilmente lo rechacé. A pesar de que los pensamientos me perturbaban, deseaba seguir haciéndolo, en una suerte de sadomasoquismo intelectual. Tampoco era que quisiera arreglar el mundo por mi cuenta, o estuviera generando alguna tesis social capaz de eliminar el hambre de Somalia. No creo que mi cabeza dé para tanto.

No podía dejar de pensar en ella.

Me conformaría tan sólo con el hecho de saber por qué estoy volviendo a un lugar que estuve feliz de dejar, pero que empecé a extrañar apenas lo dejé.

Digamos que tuve mis motivos para irme. Quizás, los mismos por los cuales regreso, no lo sé. Aún no lo sé

Casi un año se ha sucedido desde que dejé Chicago, días más, días menos. Al arribar, en esta mañana de Febrero no pudo recibirme peor que con una de las tormentas de nieve por las que es conocida esta ciudad. Del verano húmedo sudamericano al frío polar de estos lados. Del abrazo al olvido, diría Joaquín Sabina. Si tal vez hubiera escuchado eso antes, quizás, no hubiera vuelto a Sudamérica.

Sé que cada persona tiene periodos de transición. En mi caso, llevo casi ocho años en ese proceso. Y sí, suena a exageración, pero no lo es. Digamos que están a mi favor algunas cosas, como el cambio de cultura, de idioma, de clima, de comida. Pero en general, podría decir también que todos esos cambios los generé yo mismo.

No me fui de mi país por trabajo, tenía uno muy bueno y con posibilidades de futuro, tampoco tuve problemas políticos, eso no me interesa; ni siquiera tuve alguna historia oculta por la que quisiera viajar en vez de emborracharme por ahí.

Me fui porque sí, porque tuve ganas, porque me aburría, porque me imaginaba que

afuera la cosa era diferente, y yo quería verlo con mis propios ojos y que nadie me lo contara. Así de simple.

Los dos primeros años fueron difíciles, lo desconocido, lo nuevo, la fascinación, pero también estaba la constante referencia a lo pasado. A lo que había dejado atrás.

Digamos que, a medida que pasaba el tiempo, iba idealizando cada vez más mi país, y cualquier cosa que se relacionara con él. Comida. Mujeres. Familia. Y no hablemos de los valores morales de nuestra sociedad, a los que nunca les había prestado atención y siempre aborrecí; y de buenas a primeras se habían convertido en el tope de la condición humana. En esa paradoja necesitaba equilibrar muchas cosas, mi soledad en esta nueva tierra, los pesares que me rodeaban, y el orgullo herido de tener que volver a mi patria con la 'frente marchita'. Algo que no reconocía ni delante del espejo.

Pero en medio de todo, siempre estaba ella.

Esa mujer alta para ser latina, casi tan alta como yo, que soy alto para la gente de esta parte del mundo. Y la mirada tan oscura como su piel, como la noche, como el ébano, como cualquier pensamiento que pudiera tener al pensar en ella. Y sus pechos. Y sus caderas hechas a puro baile. Y los dientes más blancos que jamás había visto. Y aquel acento caribeño sin erres y abusando de las eles. Siempre ella, como centro de toda la confusión.

Puedo decir que al tercer año ya estaba cómodo. Después de lavar platos ajenos, dormir en sofás prestados y comer comida sin gusto y horrible para ahorrar, pude establecerme. Renté mi propio apartamento, las relaciones que empecé a tener fueron más interesantes y duraban algo más que dos o tres encamadas. Podía invitar a mis amigos a cenar afuera sin mirar el precio de las cosas y compré un buen auto. Todo iba bien.

Una empresa me contrató como contador del departamento financiero, un lugar donde podía hacer carrera. El edificio era grande, mucha gente diferente trabajaba allí, y como era una empresa de comidas, siempre había reuniones donde se degustaba algo y los cócteles eran generosos y variados. Todos nos conocíamos irremediamente. Para bien o para mal.

Yo creía que me estaba adaptando al lugar, pero siempre me inclinaba por la gente que hablaba español, a pesar de manejarme más que bien con el idioma. Era algo que siempre me llamaba al origen. Escuchar música en mi idioma, comer cosas semejantes a las que comía en mi casa, o, al menos, con el mismo bullicio que me recordaba las fiestas familiares. Siempre consideré que una comida es un evento social, más que un ritual de alimentación. Si no se compartía con alguien, no valía la pena comer. Tal vez eso era lo que más extrañaba. La interacción con la gente que me conocía y yo conocía. Ese alcánzame el vino, pásame el pan, gritando de una punta de la mesa a la otra.

Por eso creo que elegí a ese grupo como familia. No puedo decir que me adoptaron. Yo los adopté a ellos, mi necesidad lo hizo. En aquel grupo todos tenían una función. Había un padre, una hermana, un primo. Todos hacían algo dentro de la familia que me había inventado. Incluso, a una de las integrantes le puse el cartel de novia, amante, esposa, lo que fuera posible obtener de ella, pues la quería para mí.

Pero había dos problemas con eso.

El primero, era que ella no lo sabía, aunque me moría por hacérselo saber. El segundo, y la razón por la cual no se lo decía, era que tenía dueño.

Y lo menciono así, como si fuera una propiedad, porque creo que trataba de ponerme límites.

No sólo para no romper la armonía de *nuestra familia*, sino, porque sabía que todo iba a ser un embrollo sin fin. Confundirla con lo que pudiera decirle. Darle un vuelco a su vida estabilizada, romperle la paz emocional que no sé si tenía, pero yo quería imaginar que sí, y así tener una excusa más para no hablarle.

Toda la incertidumbre venía en oleadas, entre la familia real y la ficticia, todo me confundía. Porque cada vez pensaba más en los míos, y los ruegos de mi madre, después de tantos años de no verla, me calaban profundo. Pero me había ido de un lado y había elegido otro. Pero en ambos sitios me sentía incompleto. Con espacios que no podía llenar porque algo me faltaba. Aquí y allá, *there and here*.

En los años que estuve fuera pasaron muchas cosas en mi ciudad natal. Mi hermana se casó, tuvo un par de niños, a mi mamá la operaron de la rodilla y tuvo un post operatorio de varios meses, fallecieron algunos tíos que nunca veía y mi padre padeció de severos ataques de asma que lo llevaron al hospital.

Cualquiera de esos motivos impulsaría a cualquiera a volver, pero yo, ni ahí.

Si bien me sentía cómodo en mi nuevo país, no me causaba sorpresa el hecho de que no tuviera amigos nativos. Me resultaba preferible la gente que aún sostenía parte de su propio pasado, porque yo también quería sostenerlo, aunque fuera con la memoria distante y con telarañas. Creo que fue así al menos al principio. Porque sé que los dos últimos años fueron tan sólo para estar cerca de ella.

Al principio me pareció que ella era alguien más, simpática, sí, agradable conversación, sí, y buen cuerpo, sí. Pero nada más.

Bien que estaba equivocado.

Porque cada una de sus sonrisas, poco a poco, me empezaron a importar más que recibir el sueldo a fin de mes, porque estar cerca de ella en las fiestas se convirtió en algo más interesante que comer, porque respirar el aroma de su cuerpo, se volvió más necesario que el aire mismo.

Pero ella no hablaba más que de su novio y de sus deseos de casarse pronto.

Yo pobre mortal, ¿qué podía hacer?

Heroicamente, callar lo que sentía y ser feliz en su felicidad. O, patéticamente, hablarle de lo mucho que la amaba, y dar lástima rogándole que se escapara conmigo.

Y yo, ¿qué pude haber hecho?

No tengo pasta de héroe. Así que, temblando como una hoja, diciendo las palabras erróneas, eligiendo el peor momento en el peor lugar y estando tan nervioso que necesitaba ir al baño cada cinco minutos, fui torpemente a hablarle de amor.

No sé lo que dije, ni me acuerdo, ha pasado casi un año desde aquel día, el día que decidí volver a mi tierra después de siete años.

Se me quedó mirando con la boca abierta, no creyendo lo que oía, petrificada, pensando que estaba frente a un delirante que había perdido el juicio.

No esperé respuesta. Fui directamente a comprar un boleto de avión. El primero que dejara Chicago y me depositara en mi país, el regreso soñado, la cura perfecta de todos mis pesares. El escondite adecuado.

Por supuesto que al otro día le envié una carta disculpándome. Allí le explicaba lo avergonzado que estaba de mi comportamiento. Me justifiqué alegando que llevaba varias copas encima, y que

esperaba que ese incidente no manchara la gran amistad que teníamos.

Con gran soltura, me contestó que el incidente estaba olvidado, y que se había dado cuenta de que no era yo mismo el que había hablado aquella noche.

El alivio que sentí fue triste, muy triste.

Después de eso vino el regreso bendito, donde durante los primeros meses todos me mimaban. Mi madre preparaba mis platos favoritos y mis amigos y parientes me invitaban a comer para que contara mis aventuras en aquellas tierras, algunas eran verdad, otras, eran historietas de alguien más que había adaptado a mi propia vida y quedaban bien.

Pero los meses se fueron pasando, y la realidad trajo un cansancio de años inusual en mí. Todo había cambiado. Mis padres habían envejecido. Mi hermana había engordado después de su tercer embarazo y su única preocupación era gritarle a sus hijos todo el tiempo porque la tenían cansada con todo el desparramo que hacían. Mis amigos ya no se juntaban a jugar fútbol, estaban demasiado ocupados tratando de mantener a sus propias familias. Y yo tampoco era el mismo.

Mi casa ya no era mi casa.

Me llevó tiempo darme cuenta de que mi mente y mis recuerdos se habían quedado siete años atrás. Todos los demás evolucionaron, pero yo no evolucioné con ellos. Sino que lo hice en otro lugar, en otro sentido.

Fue horrible sentirme un extraño en el hogar que había nacido.

La alegría del comienzo se transformó en una constante incomodidad. Una vez acabado el circuito de recuerdos, la voracidad por recuperar el tiempo perdido fue una rutina desgastante y aburrida. Un año perdido entre recuerdos viejos y recientes.

Mi tierra, mi casa, mi familia habían dejado de ser míos. Y otra vez, empecé odiosamente a comparar, aunque ahora, en sentido inverso.

Ese correo que me había llegado con la invitación a la boda fue como un detonante. Me volvía a Chicago. A su boda, a verla caminar del brazo de otro, sonriente, finalmente feliz y con su sueño cumplido. Y yo, baboso inconmensurable, viendo como mi amor se disolvía como hostia en la boca.

Durante la despedida en el aeropuerto no hubo lágrimas, ni tanta gente, ni tantos abrazos. Sólo el pedido de mi madre de que esta vez fueran menos de siete años, que no sabía si podía esperar tanto tiempo. Me di cuenta que mi incomodidad los había puesto incómodos a todos.

Las sensaciones se repitieron. La felicidad de dejar un lugar para volver a otro, con lo raro de extrañarlo al mismo tiempo de abandonarlo.

No me sorprendió la distancia emocional de mi familia ficticia. Si bien sabían que volvía a Chicago, los noté algo fríos en el trato conmigo; tal vez ellos también habían cambiado en el año que había transcurrido. Había algunas caras nuevas, y me enteré de la desaparición voluntaria o no de otras. Cada vez que me preguntaban si había vuelto para quedarme, contestaba ausente; en realidad, no lo sabía. Lo cual era la absoluta verdad.

Durante la ceremonia religiosa estuve muy tranquilo. La vi pasar de la mano del padre y que después la entregó al novio, y al cura que hablaba las cosas pertinentes a la situación. A mi me importó un bledo nada de lo que ocurría. Como si todo lo que hubiera pensado durante toda la noche,

mientras volaba por nueve horas en mi regreso a Chicago, no hubiera existido.

La ceremonia terminó con el canto de un Ave María precioso que el coro entonó con formidable precisión. En el atrio voló arroz, y hubo sonrisas y lágrimas, saludos, felicidades y buenos deseos. Desde lejos, perdido en el tumulto de personas, observé las emociones de todos, quizás buscando copiar alguna que le sirviera a mi rostro.

Nadie se quedó por mucho tiempo, hacía frío y nevaba; además, la celebración era en un salón del otro lado de la ciudad y tomaría algún tiempo llegar allí a causa de la nieve y la lentitud del tráfico.

Yo había decidido no asistir a la recepción.

Bajé los escalones de la iglesia pisando con cuidado y dejando huellas profundas en la nieve. Ya no había gente allí, sólo algunas palomas que se comían los granos de arroz que aún estaban en el piso.

Una mujer salió a limpiar los escalones y provocó el desbande de las palomas que en bloque dieron un gran círculo por el atrio y por encima de mi cabeza. Las seguí con la mirada hasta que al final subieron a lo más alto del campanario y de allí podían ver todo lo que acontecía, en el atrio, en las calles, en la ciudad.

Yo miré las calles vacías y en ellas el silencio del frío y del viento congelándome las orejas. Me pregunté por qué había regresado, pero me sorprendí con otra pregunta, por qué me había ido. Sólo pensé en el año en medio de esas circunstancias, y suspiré largamente dejando una nube de vapor a mi alrededor.

Miré de nuevo las palomas en el campanario, que parecían esperar a que yo me fuera y seguir buscando algún grano de arroz que se le hubiera escapado a la mujer de la limpieza. Batían alas. Hacían bufidos que sonaban guturales entre la nieve y los edificios.

Al ver lo inquietas que estaban, me di la vuelta y empecé a caminar despacio y sin dirección, pude sentir a mis espaldas el revuelo y la desesperación de la lucha por las migajas. Ellas pertenecían a ese mundo. Al del atrio, al de los desbandes, al del arroz desparramado después de cada boda, al del refugio seguro del campanario.

Caminé despacio por la nieve espesa, resbalando cada tanto, haciendo equilibrio en el hielo, con zapatos y ropa inadecuada para ese frío. Como balanceándome entre mundos opuestos y encontrados, tan sólo unidos por el espacio irrisorio de un año, un año sin días para contar.

Fernando Olszanski, es autor de la novela *Rezos de marihuana* y el poemario *Parte del polvo*, ha publicado su ficción en revistas como *The Bilingual Review*, *Baquiana*, *Ariadna*, *Nitecuento*, *Pa'labrar*, *Ventana Abierta*, *Arenas Blancas*, *Contratiempo* y otras. Entre sus premios literarios se encuentran el John Barry Award para ficción en español en Estados Unidos, el Primer Premio de Cuento del Instituto de Cultura Peruana de Miami, y el Primer Premio de Cuento de la Sociedad de Escritores de la Matanza, entre otros. Reside en Chicago, donde es parte del colectivo cultural Contratiempo.

Crítica

“Un año” es la historia de un viaje. Narrado en primera persona, el texto nos lleva por los recorridos emocionales del viajero que deja su país para encontrarse con un mundo nuevo y una cultura diferente. El viaje físico es fácilmente rastreable: desde algún lugar en Suramérica, el personaje se dirige a Chicago donde vive durante siete años. La motivación para la salida de su país no obedece a ninguna de las razones típicamente expuestas por un inmigrante: no sale de allí debido a persecuciones políticas o a acucias económicas. Sale sólo con la intención de escapar del tedio de su propia vida, de ver el mundo y de conocerlo a través de su propia experiencia y no de la mirada de otros.

El viaje interno es una cuestión diferente: en el proceso de acoplarse a una realidad ajena, el viajero se encuentra a sí mismo y se sumerge en la dicotomía del que se va de su lugar de origen para descubrir que ya nunca más podrá volver.

En el lapso de ocho horas de vuelo, el lector se entera de la transformación interna a la que se ve sometido el personaje durante su estadía en Chicago y el posterior regreso a su tierra natal. Inicialmente, se observa en él la ansiedad por conectar en un país extranjero con todo aquello que lo vinculara a su patria, a su gente, y especialmente, a su cultura. Esta etapa inicial es fundamental porque marca la idealización que la tierra natal empieza a sufrir en la mente del personaje, la cual es también, paradójicamente, la marca de la separación del país “real”. Mientras que en Suramérica el mundo seguía girando y la familia seguía viviendo, el personaje permaneció estancado en el momento de su partida y dio comienzo a una lenta construcción imaginaria de un lugar que dejó de existir. Como en el país inventado de Isabel Allende, el personaje regresa –debido a un despecho amoroso– para descubrirse ajeno, separado, haciendo parte de un rompecabezas en el que las piezas son demasiado dispares para encajar completamente. Y así el proceso contrario da inicio: la idealización ya no es hacia Suramérica, sino hacia Chicago, hacia la vida abandonada con la intención de intentar un regreso que desde el comienzo está condenado a fallar.

“Un año” es pues el reflejo de aquella cultura imaginada de la cual finalmente se alimenta el recuerdo del viajero. El tango de Gardel es premonitorio desde el comienzo de la historia. “Volver con la frente marchita” no es más que el augurio de la imposibilidad de regresar a un mundo voluntariamente abandonado. “Las nieves del tiempo” dejan de ser la metáfora para la llegada de la vejez y se convierten en el manto de la transformación interna de quien deja su patria, su nido.

Adriana Betancur
The University of Arizona